

ANTÍGONA ENTRE LOS VIVOS Y LOS MUERTOS: EXILIOS Y ESPECTROS EN MARÍA ZAMBRANO

Antigone between the living and the dead: exiles and spectres in María Zambrano

RAFAEL PÉREZ BAQUERO

Universidad de Murcia (España)

rafaelperbaq@gmail.com

Resumen

El objetivo fundamental de este artículo es el de analizar la representación que realiza la filósofa española María Zambrano del mito de Antígona y proyectarla en los debates contemporáneos en torno a la recuperación de los cuerpos de víctimas humanas en contextos post-violencia. Más allá del entramado lingüístico mítico-religioso en el que *La tumba de Antígona* parece situarse, desentrañaremos los diferentes estratos semánticos y filosóficos subyacentes a la relectura que Zambrano propone de la heroína tebana. Ello nos permitirá destacar la potencialidad política subversiva del gesto de Antígona al abarcar a sujetos históricos tradicionalmente marginados del espacio público.

Palabras clave: Antígona; María Zambrano; duelo; víctimas; exilio.

Abstract

This article aims to analyzing and projecting María Zambrano's representation of Antigone's myth within contemporary debates about the recovery of the bodies of human victims in post-violence contexts. Beyond the mythic-religious framework in which *The Tomb of Antigone* seems to be located, it will be unraveled the different semantic and philosophical layers underlying Zambrano's re-reading of the Theban heroine. This will pave the way towards highlighting the subversive political potential of Antigone's gesture by embracing historical subjects traditionally marginalized from the public space.

Key words: Antigone; María Zambrano; mourning; victims; exile.

1. INTRODUCCIÓN: DEBATES CONTEMPORÁNEOS EN TORNO A ANTÍGONA

El paso de las centurias que nos separa de la gran tragedia de Sófocles, así como la distancia diacrónica con las diferentes relecturas e interpretaciones de aquellas ofrecidas por Hegel, Hölderlin, Kierkegaard, etc., no obstan para que la figura de Antígona haya perdido actualidad o vivacidad en nuestro presente. Al contrario, multitud de debates éticos, políticos y filosóficos contemporáneos siguen recurriendo a la clásica heroína tebana. En el siglo XX, Antígona se ha convertido en el crisol por el que multitud de autores –de Bertolt Brecht a Jean Anouilh– han representado las secuelas de muchos de los grandes conflictos acaecidos en las pasadas décadas.

Las diferentes aristas que se traslucen por medio de esta figura resultan difíciles de sintetizar. Al fin y al cabo, como ha defendido George Steiner, la obra está atravesada por

Recibido: 17 junio 2022

Aceptado: 25 octubre 2022

un conflicto trágico que se reproduce a lo largo de cinco órdenes diferentes: entre hombres y mujeres, entre viejos y jóvenes, entre individuos y sociedades, entre hombres y dioses y entre vivos y muertos (Steiner, 2020, p. 51). Todos ellos son igualmente transversales a la historia de Occidente. No obstante, es precisamente la última dimensión la que recientemente ha cobrado una mayor relevancia en el análisis filosófico y literario contemporáneo en el que vamos a focalizarnos. No únicamente por sus implicaciones a nivel ontológico, filológico y cultural, sino especialmente político.

El concepto de “necropolítica”, acuñado por el filósofo camerunés Achille Mbembe (2019), redefine la gestión de los cuerpos muertos –en contextos de postviolencia– como clave semántica de la legitimación simbólica de la comunidad política. Ello permite a Jessica Auchter defender que los cuerpos de los fallecidos expulsados de los lugares públicos de duelo –como en el caso de Polinices– contienen un enorme potencial subversivo a la hora de cuestionar los pilares simbólicos del Estado-nación. “El Estado permanece acechado por el poder excluyente que es producto de su propia obra” (Auchter, 2017, p. 51). La problemática que gira en torno a la gestión de los cuerpos repudiados por los representantes de las comunidades políticas no podría tener una mayor actualidad, debido a los desafíos que afrontan los proyectos de justicia transicional en contextos de postviolencia. Al fin y al cabo, la historia del siglo XX ha sido testigo del despliegue de grandes cotas de violencia que, en forma de guerras civiles, genocidios, conflictos transnacionales, etc., han diezariado grandes núcleos poblacionales. Estas formas colectivas de violencia han estado siempre acompañadas de la invisibilización y el marginamiento de los cuerpos de las víctimas. Desde Europa Central a España, desde el Cono Sur latinoamericano a Sudáfrica, el crimen físico ha estado acompañado, como defiende el filósofo Reyes Mate (2002), del crimen semántico. La producción de muerte ha ido de la mano de la desaparición y el ocultamiento de los cuerpos de las víctimas. Ello ha legado a los actuales proyectos de justicia transicional de la pesada tarea de recuperación y dignificación de aquellos cadáveres. No es de extrañar, por tanto, que en estos debates en torno al rol de los cuerpos desaparecidos, abandonados o repudiados por la política de un Estado, Antígona se haya convertido en un referente simbólico insoslayable. En los siguientes términos capta el filósofo sueco Hans Ruin la proyección de Antígona en los citados debates. “Antígona es una heroína necropolítica debido a su compromiso incondicional con el cuidado de los muertos a través del entierro” (Ruin, 2015). En tanto que representante de una Ley que trasciende la normatividad positiva, la hija de Edipo se ha convertido en la metáfora perfecta para describir a una pluralidad de agentes y movimientos sociales que –al margen o en contra de las políticas de un Estado– aspiran a restituir y recuperar los cuerpos denostados de las víctimas de la violencia que asoló la segunda mitad de la pasada centuria. Antígona se ha transformado en la epítome de una política del cuidado respecto de las denominadas por Judith Butler (2006) “vidas precarias”: aquellas que no son consideradas dignas de duelo. Esta figura es, por tanto, método y metáfora en los debates contemporáneos en torno

a la reparación de las víctimas y la justicia transicional (Baer y Sznajder, 2015). No obstante, como atestigua la ingente producción bibliográfica en torno a los significados representados por aquella, las implicaciones semánticas, simbólicas y políticas del alcance del gesto de Antígona no carecen de ambivalencia. Inicialmente, la obra clásica de Sófocles representaban claramente “el conflicto entre el Estado y la familia, entre los derechos de los vivos y de los muertos” (Steiner, 2020, p. 43). Pese a ello, las posteriores interpretaciones de esta obra redactada a lo largo del siglo XX obligan a redefinir los contornos e implicaciones simbólicas y políticas de esta figura. Algunas de estas nuevas representaciones de Antígona han sido recogidas e interpretadas en el clásico trabajo de George Steiner. Al contrario, aquella que protagoniza este artículo constituye una ausencia injustificable en esta obra. La reescritura del trágico desenlace tebano que redacta la filósofa española María Zambrano en *La tumba de Antígona* sigue ofreciendo herramientas exegéticas para abordar los problemas del presente que todavía no han sido agotados. Es bien cierto que, pese a la citada elipsis de la obra de Zambrano en *Antígonas* de Stimer, diferentes autores han tratado de compensar esta ausencia profundizando en la obra de la filósofa malagueña. Nuestro objetivo es contribuir a este proceso haciendo énfasis en un espacio hermenéutico que permanece todavía inexplorado: la proyección de la Antígona de María Zambrano en los actuales debates en torno a la “necropolítica” y al rol de los cuervos sin vida en contextos postviolencia. En este espacio se localiza buena parte de las potencialidades hermenéuticas de esta obra sobre Antígona todavía por explorar.

La originalidad de la interpretación de Zambrano nos permitirá apreciar en qué medida su Antígona permite abarcar una pluralidad de figuras y agentes históricos cuyo abandono y ostracismo por parte de los poderes políticos les dota de una enorme potencialidad y de un trasfondo que –de acuerdo con la lectura que proyectaremos– no es solo político, sino también ontológico y metafísico. Con este fin en liza, la estructura de nuestro trabajo será la siguiente: en primera instancia, abordaremos el significado de la figura de Antígona desde la perspectiva biográfica de Zambrano. A partir de ahí podemos profundizar en el significado y el alcance de la gran novedad de *La tumba de Antígona* respecto del clásico de Sófocles: el hecho de que la hija de Edipo no se suicidara en el sepulcro en el que había sido encerrada por Creón. Desde este punto será posible justificar la extensión simbólica de la figura de Antígona a diferentes figuras políticas de gran relevancia en el espacio público contemporáneo.

2. LA ANTÍGONA DE MARÍA ZAMBRANO ENTRE LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

La primera constatación en la interpretación de la *Tumba de Antígona* por parte de los exégetas de María Zambrano radica en señalar la identificación con la tebana por parte de la filósofa malagueña. Si bien es cierto que, inicialmente, concibe a su hermana Araceli como la ejemplificación vital de Antígona, en el momento de escribir esta obra en 1948 María Zambrano ya interpreta su propia biografía desde el prisma de la tragedia que

acaece a la propia heroína griega. Ello obedece fundamentalmente a las analogías biográficas que podemos localizar entre ambas y a la interpretación que proyecta Zambrano respecto de los presupuestos históricos y metafísicos de la violencia en el siglo XX europeo que ella misma sufrió.

Comprometida en principio con la causa popular que, a sus ojos, encarnaba la II República española (1931-1936), y obligada, en los últimos compases de la Guerra Civil (1936-1939), a abandonarla, la vida de Zambrano estuvo marcada por un agónico exilio que parecía no tener fin. Ello la condenó a la soledad y a la distancia con sus seres queridos, entre otros, con su hermana y su madre, de la que no pudo despedirse antes de que falleciera. Como indica Amadís Duarte, al igual que en el caso de Antígona “a Zambrano no le fue otorgado el derecho a velar a sus muertos” (Amarís, 2021, p. 174). La propia interpretación desde una perspectiva metahistórica que Zambrano proyecta en los acontecimientos que le tocó vivir favorece también estas analogías. La lectura de la guerra civil española como un conflicto cainita fratricida que aparece en varias obras de Zambrano invita a su comparación con el trágico desenlace del enfrentamiento entre Polinices y Eteocles. Las semejanzas entre el emergente dictador Francisco Franco y el nuevo tirano Creonte, en tanto ambos solo admiten la rendición incondicional a la ley positiva, también resultan significativas. Ahora bien, todas estas analogías adquieren sentido en el interior de la interpretación de la guerra civil española y el exilio que ella sufrió como enmarcada en el interior de una violencia originaria que Zambrano localiza en el corazón de Occidente. Tanto Zambrano como Antígona, desde esta perspectiva, habrían sido víctimas de la misma hostilidad inherente a la historia.

Debido a la complejidad de esta cuestión nos limitaremos a realizar un bosquejo de su interpretación acerca de la violencia sacrificial con el fin de contextualizar en este marco al personaje de Antígona. Tal y como han defendido diferentes exégetas de Zambrano como Ana Bundgaard (2000) o Eguizabal (1999), el discurso filosófico de María Zambrano ha basculado desde un primer nivel histórico hasta otro metafísico-místico. No obstante, si atendemos a su interpretación de Occidente como atravesada por una historia sacrificial podemos localizar estas tesis en obras tan diferentes como *Persona y democracia*, *Delirio y destino* o *La agonía de Europa*. En estas obras, Zambrano sitúa el origen de la violencia en la ruptura simbólica con el ámbito de lo sagrado, con la subsiguiente antropomorfización de la naturaleza y la tentativa de convertir al sujeto humano en el nuevo Dios, un proyecto que no puede consumarse. Así, “como el endiosamiento no puede cumplirse necesita la renovación continuada de las víctimas” (Zambrano, 2021a, p.103). Al devenir sujeto rector de la historia, la violencia y el poder del hombre carecen de límites, por lo que deriva en el nuevo ídolo en quien justificar el sacrificio de las víctimas. Toda historia es, para Zambrano, historia sacrificial. “Toda historia está manchada por crímenes” (Zambrano, 2021b, p. 105). Debido a dicha condición, Europa se lanza hacia el proyecto de adueñarse de un mundo que ella misma

no ha creado (Zambrano, 2000). Debido a la imposibilidad de consumir este acto de dominio, este anhelo insatisfecho desencadena una violencia carente de término. A partir de esta historia sacrificial se engendra una nueva ley: una ley positiva, inflexible, immanente e inexpugnable que no solo gestiona el destino de los vivos, sino, como explícita en *La tumba de Antígona*, también el de los muertos. “Los muertos no tienen voz; es la primera vez que la pierden” (Zambrano, 2021a, p. 249).

Es precisamente esta interpretación de la historia como constante sacrificio la que sirve de catalizador principal respecto de su reinterpretación de Antígona. La heroína tebana encarna la conciencia liminal del sacrificio como elemento consustancial a su propia historia. Así exclama que “toda la historia está hecha con sangre” (Zambrano, 2021b, p. 61). En *La Tumba de Antígona* el personaje recreado por María Zambrano asume desde el inicio cuál es el rol que le corresponde jugar en aquella tragedia. Desde su punto de vista, “el sacrificio sigue siendo el fondo último de la historia” (p. 25). Pese a ello, el reconocimiento del carácter inexpugnable de esta legislación positiva y la lógica sacrificial no obsta para que Antígona se doblegue ante aquella. Al contrario, Antígona encamará la presencia, la escucha y el cuidado ante otra Ley. Una ley que no precede de los hombres, sino de los dioses, que no interpelan los vivos, sino los muertos. Ahora bien, en tanto que representante de una Ley diferente a aquella que consagra la historia sacrificial de Occidente, Antígona constituye un foco de resistencia a ese ciclo imparabile de violencia. Esta resistencia es, inicialmente, fútil. De ahí el lamento o delirio de Antígona respecto del destino trágico que asola a su ciudad y a su familia que testifica el enfrentamiento ante una Ley positiva que no solo rige a los vivos, sino que aspira a gestionar el destino de los muertos.

Ahora bien, la condición de víctima sacrificial por parte de Antígona no agota las potencialidades atribuidas a esta figura en la interpretación de María Zambrano. En este punto se ubica la especificidad de *La tumba de Antígona* respecto de otras versiones clásicas y contemporáneas de esta tragedia. Al fin y al cabo, la lectura dominante de la misma –inspirada hegelianamente– considera que la muerte de Antígona juega en la obra un rol fundamental en tanto que consumación de las contradicciones entre la Ley del Estado y la Ley de la familia y entre los hombres y los dioses. En este sentido, la muerte de Antígona adquiere una condición redentora que da resolución a una tragedia cuyo nudo gordiano estaba atravesado por tensiones en apariencia irresolubles. Es la víctima de un sacrificio social por el que se redime tanto un acto delictivo contra la ley positiva como una culpa familiar ancestral cuyo origen se localiza en el incesto de Edipo, padre de Eteocles, Polinices y la propia Antígona. Ahora bien, en la *Tumba de Antígona* la hija de Edipo no muere. Al contrario, María Zambrano niega que Antígona se ahorque en la tumba en la que había sido enterrada, lo que hubiera consumado su destino trágico como víctima sacrificial de la historia. Así se inicia *La tumba de Antígona*: “Antígona, en verdad, no se suicidó en su tumba, según Sófocles, incurriendo en un inevitable error, nos

cuenta. ¿Podría Antígona darse la muerte, ella que no había dispuesto nunca de su vida? No tuvo siquiera tiempo para reparar en sí misma” (Zambrano, 2021b, p. 23).

Dicho desenlace no puede ser aceptado por María Zambrano. Una vez que ha dado sepultura al cadáver proscrito de su hermano y que ha sido enterrada viva en su tumba como castigo por orden de Creón, Antígona no se resigna a suicidarse y a ser una víctima más, condenada al silencio que prescribe la historia sacrificial. El suicidio, como consumación de un sacrificio asumido, implica una rendición extraña al personaje de Zambrano. Su Antígona abandona, por tanto, el conflicto trágico (Soto, 2018, p. 111). No morirá, sino que permanecerá en la tumba en la que ha sido enterrada viva. Este espacio sepulcral no es, por tanto, lugar de muerte, sino el nuevo hábitat para la tebana. Es un nuevo espacio que resquebraja la sutura ontológica que separa el mundo de los vivos del de los muertos. En este sentido, el sacrificio de Antígona no redundará en su muerte. Al contrario, “la condena de Antígona consiste en la imposibilidad de la muerte” (Amarís, 2021, p. 226). Ello modifica el trasfondo político, metafísico y ontológico desde el que emana el lamento de Antígona. El personaje de María Zambrano cuenta con algo de lo que carece el personaje de Sófocles: tiempo. Tiempo en la tumba para “adquirir conciencia de su sacrificio” (Trapanese, 2018a, p. 114) y para “desvelar el sentido oculto de tanto sufrimiento” (Sampedro, 2017, p. 80). Ello modificará de raíz las implicaciones del sacrificio de esta figura y su particular relación con las víctimas de la historia y con el destino de sus cuerpos indignos de duelo.

3. EL RENACER DE ANTÍGONA Y LOS “CADÁVERES SIN SEPULTURA”

En la interpretación de María Zambrano, la heroína tebana vive, por tanto, en un letárgico insomnio desde donde se limita a hablar con sus fantasmas. Antígona está “más entre los muertos que entre los vivos” (Zambrano, 2021b, p. 27). De ahí que el personaje reconozca que la tierra de los muertos es su patria (p. 49). Antígona habita en un nuevo espacio ontológico; en el interregno entre el reino de los vivos y el de los muertos. Ahora bien, precisamente por ocupar dicho lugar, la voz y el lamento de Antígona adquieren una enorme potencialidad subversiva para cuestionar los fundamentos de una historia sacrificial cuyo peso se deposita sobre sus espaldas. Al fin y al cabo, desde la perspectiva que encarna la Antígona zambranianiana, dicha historia no está solo acompañada por la producción incansable de víctimas. También por la exclusión de los cuerpos de aquellos que no son considerados dignos de duelo. Como Zambrano plantea en *Los bienaventurados* “la sepultura sin cadáver es una de las arquitecturas de la historia” (2022, p. 61). A la “sepultura sin cadáver” le corresponde, por contraposición, “el cadáver sin sepultura” que –como Polinices– ha sido expulsado del luto público por la ley de Creón. En este sentido, tanto el gesto rebelde de Antígona como el nuevo espacio ontológico en el que ella habita constituyen el asidero desde el cual desmontar la historia sacrificial y la arrogancia del tirano Creón que aspira a imponer su autoridad de forma omnipotente.

Precisamente por emborronar las nítidas fronteras entre ambos espacios ontológicos, el gesto de Antígona revela la presencia de otro ámbito y otra Ley que trasciende el dominio de la comunidad política y que revela sus límites. Al fin y al cabo, “allí donde habitan los muertos, el hombre no es el amo” (Sampedro, 2017, 110).

Así, el desdibujamiento de las fronteras entre los vivos y los muertos que se materializa en la *Tumba de Antígona* de Zambrano convierte a esta figura en un catalizador de la resistencia a la historia sacrificial. Ya que no se resigna a abandonar a sus víctimas, aun cuando estas hayan fallecido. La posición de Antígona resquebraja los goznes simbólicos del orden político al convertir a los muertos expulsados y olvidados en contemporáneos. Mediante su contacto permanente con el otro mundo en la tumba, mediante su lamento, de su delirio, los muertos siguen estando presentes en la historia. Como espectros que instancian una híbrida condición ontológica consistente en estar y no estar al mismo tiempo, su presencia pone en jaque el orden mismo de las leyes positivas. Y es Antígona quien acoge y da voz a esas presencias espectrales en el seno de su tumba. Como recoge Carmen Revilla “en la versión de Zambrano esta figura trasciende, no solo transgrede, las leyes de la ciudad y de la familia” (Revilla, 2017, p. 60). Al cohabitar y mantenerse a la escucha de las víctimas de los espectros, se convierte en la matriz de las posibilidades que entrañan lo fracasado. Se transforma así “en el origen de una estirpe fundada por ellas: las víctimas de la historia” (p. 63).

Por tanto, la tumba en la que Antígona está condenada a confinarse no es un espacio de muerte. No constituye solo la morada de los espectros y de las víctimas. Al contrario, es un lugar de alumbramiento hacia la posibilidad de una nueva vida, de recuperación de aquello que ha sido perdido y sacrificado en la historia. Al no resignarse a inmolarse en la pira sacrificial, Antígona mantiene viva la esperanza de recuperar a los muertos y espectros para la historia, de hacer de sus lamentos y sus duelos la clave de bóveda de una nueva historia allende la lógica sacrificial. Aquello que Antígona performa es, por tanto, la transición de una historia sacrificial a una historia ética. El desenlace del diálogo entre Antígona y Creón en la obra de Zambrano constituye un síntoma claro de la voluntad profesa de esta última de afianzar en sus vínculos con los muertos. Y revela, a su vez, todo el potencial crítico y contestatario de su gesto rebelde. Creón, arrepentido de su condena a Antígona, decide mostrarle la clemencia de la Ley positiva que él encarna al darle la oportunidad de volver al mundo de los vivos. Esta es, no obstante, rechazada por Antígona en los siguientes términos:

- Antígona: He subido ya, aunque me encuentras aquí, tan abajo. Siempre estuvimos todos nosotros debajo de ti. Pues eres de esos que para estar arriba necesitan echar a los demás a lo más bajo, bajo tierra si no se dejan. Confórmate con eso, Creón. ¿Qué otra cosa quieres? [...]
- Creón: Que te vayas de aquí, arriba, arriba. [A] la tierra de los vivos, y conmigo a lo alto, al poder. Pues que yo, como es justo, he de seguir reinando.
- Antígona: Ya no pertenezco a tu reino.

—Creón: Pues a otro reino, si no quieres estar en el mío.

—Antígona: Estoy ya entrando en un reino. Voy ya de camino, estoy ya más allá de donde a un alma humana le es dado el volver (Zambrano, 2021b, p. 111).

La tumba de Antígona no es lugar de duelo sino de nacimiento, esperanza y rebelión ante la posibilidad de ruptura con una lógica sacrificial que justifica la producción y el abandono de las víctimas en aras del cumplimiento de las leyes positivas. Su morada es la simiente desde la cual “lo que no arroja sombra alguna en la historia reaparece” (Zambrano, 2022, p. 67). Mediante su perenne fidelidad a una ley no escrita por los hombres “Antígona es la que enciende sin deslumbramiento” (Amarís, 2021, p. 271). El gesto de Antígona, desde la interpretación de Zambrano, no radica solo en un llanto ritual. Su tumba asiste a su propia transformación (p. 227). Ya que su duelo no sirve únicamente para despedir a los muertos y darles un lugar en la tierra. Les permite volver a nacer en tanto que Antígona acoge y escucha sus voces espectrales a las que hace presentes ofreciendo la posibilidad de una ruptura con una lógica histórica que cíclicamente produce víctimas y engendra “sepulturas sin cadáveres”. Ello implica, el renacer de la propia Antígona (Ortega Muñoz, 2010). Ya que el rol que juega entre los vivos y los muertos niega su condición definitiva de víctima sacrificial. “Nace del todo a la vida verdadera solo después de haber sido enmurada viva” (Soto, 2020, p. 119).

Tal y como es posible apreciar, la lectura que María Zambrano proyecta respecto del “renacer de Antígona” está preñada de un lenguaje y trasfondo mítico-gnóstico difícilmente desentrañable desde los parámetros discursivos en los que se enmarcan los objetivos de este artículo. Ahora bien, ello no obsta para certificar la esterilidad de las reflexiones de María Zambrano en el contexto de los actuales debates en torno a la “necropolítica” que recuperamos en la introducción. Ello no carece de actualidad. Al fin y al cabo, su Antígona encarna la conciencia respecto de la necesidad de atender, escuchar y reparar las voces, los cuerpos y los derechos de las víctimas del pasado. Además, revela el sustrato metafísico desde donde articular lo que podríamos denominar como una “política de duelo” que se asienta en la fluctuación entre el espacio de los vivos y el de los muertos y confiere a la recuperación de estos últimos de la condición de mandato ético y político incondicional desde donde construir las comunidades humanas. Al fin y al cabo, desde que, décadas después, el filósofo francés Jacques Derrida publicara *Espectros de Marx* esta figura ha ocupado un lugar esencial en el debate político y filosófico contemporáneo. Al inicio del texto, el filósofo francés plantea “Ninguna justicia [...] parece posible o pensable sin un principio de *responsabilidad*, más allá de todo *presente vivo*, [...] ante los fantasmas [...] de los que han muerto ya, víctimas o no de guerras, de violencias políticas” (2007, p. 13). De acuerdo con este texto, toda justicia tiene que responder a los espectros, ante aquellos que estuvieron antes, que nos han legado deberes y deudas. La ética no tiene solo una dimensión sincrónica, sino diacrónica. Debe tener en consideración no solo a los que nos son contemporáneos, sino también a las víctimas que

nos preceden. Así, María Zambrano anticipa, con su Antígona, la atención filosófica, cultural y política que se ha concedido a los espectros y a las deudas con el pasado en el debate contemporáneo desde el que se asume que “el destino de una comunidad se concentra en la disputa sobre cómo ocuparse de sus muertos” (Ruin, 2015).

4. ANTÍGONA Y LA CONDICIÓN EXÍLICA

A partir del análisis llevado a cabo hasta este punto es posible sintetizar la principal aportación de *La tumba de Antígona* en nuestro contexto como la necesidad de tomar como punto de partida a los espectros a sus “cadáveres sin sepultura” a la hora de pensar la historia y la comunidad humana. Mediante la figura de la heroína tebana, María Zambrano lleva a sus últimas consecuencias el tratamiento de los muertos y las víctimas como sujetos históricos desde donde arrojar luz a las formas estructurales de violencia y exclusión propias de las comunidades humanas. En este sentido, la originalidad de esta Antígona radica en su propuesta de pensar la comunidad política y la historia humana desde aquellas víctimas sacrificadas en aras del avance de la historia. Al igual que el *Angelus Novus* de Walter Benjamin, el gesto rebelde de Antígona aspira a “detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado” (Benjamin, 2016, p. 322). Ahora bien, la luz que ofrece esta figura zambraniana no se agota en la atención a estas figuras espectrales. El acto piadoso de Antígona no abarca solo a aquellos que quedaron apartados del tiempo de la historia, sino también del espacio, de la comunidad política en sentido territorial. Antígona no solo se hace eco de las voces de las víctimas y los espectros del pasado, también de la memoria de aquellos que han sido condenados, como la propia Zambrano, al exilio (Sánchez Cuervo, 2014).

Así, una de las especificidades de la lectura zambraniana de Antígona radica en el entrecruzamiento entre las dimensiones diacrónica y sincrónica, entre las exclusiones de aquellos que han sido despojados de su pertenencia a un tiempo –el reino de los vivos– y aquellos que han perdido sus raíces en una tierra por el poder político (Trapanese, 2014b). Como síntoma de dichos vínculos, el confinamiento de Antígona en una tumba es descrito como un “exilio bajo tierra”. La heroína tebana no solo debe vivir con los muertos, sino también habitar a perpetuidad un espacio ajeno a la polis, a su propia tierra. La Antígona de Zambrano es, por tanto, el paradigma del exilio (Savignano, 2004, p. 79), de la existencia nómada y desterrada (Duarte, 2020, p. 190). El recurso de Zambrano a esta figura bascula, por tanto, “entre el camino recorrido por la víctima del sacrificio que llora y el camino del exilio” (Pina Campos, 2005). Precisamente, la lectura de Zambrano permite conciliar y contrarrestar, las conexiones esenciales entre ambas formas de exclusión: entre los cadáveres indignos de duelo y los exiliados. Al fin y al cabo, el cuerpo de Polinices no sólo es vetado del acceso a una tumba. También es abandonado en las afueras de la ciudad. El exilio es una forma más de exclusión del cuerpo del enemigo.

De la misma forma, la conceptualización de Antígona como representante del exilio en los márgenes de la comunidad política resulta indesligable respecto de su recurso a esta figura como filtro para entender su propia biografía. La filósofa malagueña fue condenada, tras la guerra civil española, a un largo exilio de cuarenta años que fue sentido por Zambrano como interminable. Por ello, es la evolución de su conceptualización del exilio la que invita a las analogías con el entierro a perpetuidad de Antígona.

Una vez que María Zambrano abandonó la península e inició un largo periplo por diferentes países americanos –México, Puerto Rico, etc.,– la perpetuación de la imposibilidad de volver a España durante las décadas posteriores trajo consigo el enquistamiento de la experiencia de su exilio y su posterior cronificación. Así, en la filosofía de María Zambrano, la experiencia del exilio pierde progresivamente sus contornos históricos y políticos conforme se va acentuando su trasfondo ontológico. El exilio, se deriva de los textos y cartas de Zambrano (2014), no refiere a una particular vivencia extendida durante un período de tiempo, sino a una condición ontológica y metafísica de desarraigo a la que Zambrano accede por sus circunstancias históricas.

De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose. Y así se encamina, se reitera, su salida del lugar inicial, de su patria y de cada posible patria, dejándose a veces la capa la huir de la seducción de una patria que se le ofrece, corriendo delante de su sombra tentadora; entonces, inevitablemente, es acusado de eso, de irse; de irse sin tener ni tan siquiera adónde. Pues que de lo que huye el prometido al exilio, marcado ya por él desde antes, es de un dónde, de un lugar que sea el suyo (Zambrano, 2022, p. 56).

Por tanto, esta categorización ontológica de la propia experiencia del exilio termina convirtiendo a esta condición en la matriz donde la que interpretar, en la filosofía de Zambrano, la historia y la realidad de la comunidad política. Como resume Ana Bundgaard, “la filosofía de Zambrano es una meditación sobre la experiencia metafísica de la vida concebida como exilio” (2000, p. 154). El exilio, en este sentido, proporciona un acceso privilegiado a la realidad. Ya que habilita una comprensión tácita de las exclusiones inherentes a la historia sacrificial y a la polis. El exiliado, debido precisamente a carecer de lugar, de sustrato ontológico, tiene acceso a una verdad –en términos de Zambrano–, a una “especie de revelación”. El exilio es un lugar privilegiado desde donde acceder a un conocimiento de otra forma restringido. “El exilio es el lugar privilegiado para que la Patria se descubra, para que ella misma se descubra cuando ya el exilio ha dejado de buscarla. [...] Cuando ya se sabe sin ella, sin padecer alguno, cuando ya no se recibe nada, nada de la patria, entonces se le aparece” (Zambrano, 2022, p. 62). Por tanto, detrás de su prefiguración de Antígona, María Zambrano impele a pensar la polis, la comunidad política, desde la experiencia misma del exilio, de aquellos que no tienen lugar. El exiliado ocupa un espacio de extraterritorialidad, desde donde arrojar luz a las disfuncionalidades, las violencias estructurales y las opacidades que, necesariamente,

genera toda comunidad política. El exiliado es, pues, el crisol desde donde pensar la posibilidad de una patria que no sea excluyente. Así lo expresa la Antígona de Zambrano: “Gracias al destierro conocimos la tierra” (p. 112). No es de extrañar que, tras los catastróficos acontecimientos del siglo XX, la Antígona de Zambrano se haya convertido en la figura que acoge y representa a estas figuras de extraterritorialidad que pueden narrar, desde sus propias carnes, el padecimiento derivado de toda la historia sacrificial. Esta lectura del exilio nos permite prefigurar en qué medida esta figura no depende solo del espacio, de la tierra que debe abandonar, sino también del tiempo. Para el exiliado, el tiempo corre en su contra. Ya que el transcurso de cada instante lo aleja peligrosamente del momento en que habitó en su patria y certifica en forma progresiva la imposibilidad de retornar a la misma. Así lo expresa: “esto se verá con el tiempo, se me verá, se verá mi razón con el tiempo, dice entre sí y a veces balbucea el exiliado. Y mientras tanto, el tiempo le devora a él” (p. 51). En este sentido, su relación con la dimensión del tiempo habilita su analogía con aquellos “cuerpos sin sepultura” que han sido abandonados y sacrificados en la temporalidad de la historia. El exiliado pervive en perpetuo vagar, como el de aquellos “cadáveres vivientes, sombras animadas por la sangre, [que] vagan unas, quedándose otras en inverosímiles emparedamientos, palpitando todavía” (p. 61). Aquí radica, desde nuestra interpretación, la mayor virtualidad de la lectura de Zambrano al concebir a Antígona como el lazo que une a aquellos –“cadáveres sin sepultura” y exiliados– que tienen en común haber sido expulsados de la polis. Antígona es precisamente aquella que recoge y acoge a ambos: a los cuerpos denostados a los que aspira a dar duelo y también a aquellos que han sido desterrados de su patria.

CONCLUSIONES

En su *Un compromiso apasionado* (2013), Ana Bundgaard establece una cesura en la interpretación de la evolución del pensamiento de María Zambrano. La primera de ellas está condicionada por los eventos políticos que vivió durante la guerra civil española, está plagada de referencias históricas, e impregnada de un profundo compromiso político. La segunda etapa, de acuerdo con esta lectura, es producto de una reflexión filosófica de naturaleza mítico-religiosa, claramente influida por el gnosticismo, en el que se trascienden las referencias históricas a los eventos que le tocó vivir a la filósofa malagueña. Producto de esta etapa son *Lo divino y lo humano*, *Claros del bosque*, *Los bienaventurados* o *La tumba de Antígona*, acerca de la que han versado las reflexiones desplegadas a lo largo de este artículo. No obstante, situar su obra respecto de Antígona en este marco místico-religioso no priva, en absoluto, a su lectura de esta figura de implicaciones políticas de actual relevancia en el mundo contemporáneo. Al fin y al cabo, Antígona, desde su estancia sepulcral, se convierte en metáfora y fundamento ético de la acogida y el cuidado de aquellos que han sido desplazados por la fuerza centrífuga del poder político. Las “vidas precarias” a las que se considera indignas de duelo público así

como a los exiliados despojados de su tierra y sus raíces son acogidos en el seno del túmulo en el que habita Antígona. Por tanto, tal y como hemos defendido, la carga metafísica, el lenguaje místico y la propia naturaleza mítica de los personajes y acontecimientos tratados no priva a *La tumba de Antígona* de implicaciones políticas inmediatas. Al fin y al cabo, como plantea Helen Morales, en *Antigone Rising*, “los mitos antiguos tienen un poder subversivo precisamente porque son narrados y leídos de maneras muy diferentes” (Morales, 2020, p. 192). Una de estas lecturas es, sin duda, la que propone Zambrano.

A partir de la interpretación de su reescritura del mito clásico encontramos la fundamentación ética y metafísica de una política que trata a las “vidas precarias”, indignas de duelo, como sujetos históricos contemporáneos. Y a los exiliados como ciudadanos de pleno derecho. Al fin y al cabo, los exiliados han constituido el paradigma de los desplazados, expulsados y excluidos del espacio y del tiempo de los Estados-nación.

Ambas figuras, exiliados y “vidas precarias”, desterrados y “cadáveres sin sepultura”, son condenadas a permanecer en los márgenes de la comunidad política, del “reino de los vivos” donde impera la ley de Creón. Por tanto, aquello que plantea Antígona desde su sepulcro es la posibilidad de construir una comunidad carente de márgenes, de exclusiones y de una lógica sacrificial. Debido a la reescritura de María Zambrano, Antígona constituye el símbolo de una política del duelo universal y de una política de la hospitalidad que rompan con la violencia cíclica que caracteriza a la historia sacrificial.

Más allá de su propio contexto, el mito de Antígona opera a través del crisol que ofrece la escritura de Zambrano como justificación ética de la necesidad de recuperar y dignificar los cuerpos de las víctimas ocultados tras eventos tan dispares como el Judeocidio nazi, el genocidio de Kathryn o los crímenes del franquismo en España. La presencia de “cadáveres sin sepultura” en la península ibérica, en Camboya y en otras partes del mundo constituyen un crimen que Antígona, empeñada en cohabitar con los muertos, aspira a enmendar. Así, la interpretación y proyección de *La tumba de Antígona* a los desafíos “necropolíticos” de nuestro tiempo ofrece luz respecto de los fundamentos, no sólo éticos, sino también ontológicos que subyacen a las tentativas de recuperación de los derechos de los muertos y de aquellos que han sido desenraizados de su tierra. Tratar a los “cadáveres sin sepultura” o a los exiliados como sujetos históricos de derecho requiere situarnos en un espacio ontológico híbrido entre los vivos y los muertos.

OBRAS CITADAS

- Amarís, Olga (2021). *Una poética del exilio. Hannah Arendt y María Zambrano*. Editorial Herder.
- Auchter, Jessica (2017). *The politics of haunting and Memory in international relations*. Routledge.

- Baer, Alejandro y Sznajder, Natan (2015). Antigone in León (pp. 181-192). En *Routledge International Handbook of Memory Studies*, Routledge.
- Benjamin, Walter (2016). Sobre el concepto de historia (pp. 310-324). En *Obras completas. Libro I/Vol II*. Abbada editores.
- Bundgaard, Ana (2017). *Un compromiso apasionado. María Zambrano: Una intelectual al servicio del pueblo. 1928-1939*. Editorial Trotta.
- (2015). El reflejo de Antígona en dos versiones de Antígona: Soren Kierkegaard y María Zambrano. *Aurora*, Nº 16: 18-26.
- (2000). *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*. Editorial Trotta.
- Butler, Judith (2004). *Precarious Lives: The Power of Violence and Mourning*. Verso Books.
- Derrida, Jacques (1998). *Espectros de Marx*. Trotta, Traducción de José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti.
- Eguizabal, José Ignacio (1999). *La huida de Perséfone. María Zambrano y el conflicto de la temporalidad*. Editorial Biblioteca Nueva.
- Mate, Reyes (2003). *Memoria de Auschwitz*. Editorial Trotta.
- Mmembe, Achile (2019). *Necropolitics*. Duke University Press.
- Montes Sampedro, María Teresa (2017). *María Zambrano: La Antígona española del siglo XX*. Editorial Endymion.
- Morales, Helen (2020). *Antigone Rising: The Subversive Power of the Ancients Myths*. Wildfire.
- Ortega Muñoz, Juan (2010). Muerte y resurrección en la metafísica de María Zambrano (pp. 193-226). En *María Zambrano: Pensamiento y exilio*. Biblioteca Nueva.
- Pino Campos, Luis Miguel (2005). La condena de Antígona y el exilio de María Zambrano. *Revista de Filología*, Nº 23: 247-264.
- Revilla Guzmán, Carmen (2017). La Antígona de María Zambrano. En *Interpretando a Antígona*. Editorial UOC.
- Ruin, Hans (2015). Housing spirits. The grave as an exemplary site of memory (pp. 313-140). En *Routledge International Handbook of Memory Studies*. Routledge.
- Sánchez Cuervo, Antolín (2014). El exilio de María Zambrano y la política oculta. *Aurora*, Nº 15: 52-62.
- Savignano, Armando (2004). *María Zambrano: la razón poética*. Editorial Comares.
- Soto, David (2018). *España: Historia y revelación. Un ensayo sobre el pensamiento político de María Zambrano*. Editorial Círculo Rojo.
- Trapanese, Elena (2018a). Lecturas de Antígona o de la ciudad inclinada. *Las Torres de Lucca*, Nº 12: 103-124.
- (2018b). *Sueños, tiempos y destiempos. El exilio romano de María Zambrano*. Editorial UAM.
- Zambrano, María (2022). *Los bienaventurados*. Alianza Editorial.

Rafael Pérez Baquero

- (2021a). *Delirio y destino*. Alianza Editorial.
- (2021b). *La tumba de Antígona*. Alianza Editorial.
- (2014). *El exilio como patria*. Anthropos.
- (2000). *La agonía de Europa*. Editorial Trotta.